

La liturgia de este segundo domingo de Cuaresma nos lleva al monte Tabor,

donde Jesús se transfigura ante sus discípulos. No es un espectáculo para impresionar, sino una revelación silenciosa de lo que significa vivir una vida transparente, una vida donde la luz de Dios puede pasar sin obstáculos, porque a verdadera santidad no consiste en ser perfectos, sino en ser transparentes: dejar que Dios sea visible a través de nuestras grietas.

La Transfiguración no es un adorno del Evangelio; es una invitación. Una invitación a dejar que la luz que ya habita en nosotros, la luz de nuestro bautismo —aunque a veces escondida bajo miedos, máscaras y defensas— pueda salir a la superficie.

En la tradición rabínica, la luz no es algo que se añade desde fuera, sino que se revela cuando se retira lo que la cubre. Los maestros del midrash dicen que la luz de la creación —la luz primera— fue escondida dentro del corazón humano, y que la vida espiritual consiste en aprender a dejarla brillar. La Cuaresma es ese aprendizaje: un tiempo para retirar velos, para soltar pesos, para permitir que la verdad de Dios en nosotros se haga visible.

La transparencia no es exhibicionismo. No es contarlo todo. No es vivir sin intimidad. La transparencia es vivir sin doblez. Es permitir que lo que somos por dentro y lo que mostramos por fuera empiecen a coincidir. La mayor tentación del corazón humano es esconderse: esconder la herida, esconder la fragilidad, esconder la necesidad. Pero lo que escondemos se convierte en sombra, y lo que entregamos se convierte

en luz. La Transfiguración nos recuerda que la luz no viene de fuera: brota de un corazón entregado a Dios Padre.

Los Padres del Desierto enseñaban que la pureza del corazón no es ausencia de pecado, sino ausencia de mentira. *“Ser puro —decía Evagrio— es ser claro.”* Como lo es el agua, como un niño que no sabe fingir. La transparencia cristiana no consiste en no tener oscuridades, sino en no pactar con ellas. En no construir fachadas. En no vivir desde la apariencia. En permitir que Dios entre en nuestras zonas más opacas para iluminarlas desde dentro.

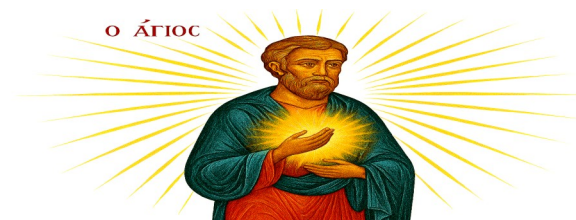


La transparencia nace de la escucha.

En este domingo, Pedro quiere quedarse en la montaña. Quiere fijar la luz, domesticarla, construir tiendas para retenerla. Pero la voz del Padre no le dice *“mirad la luz”*, sino *“escuchad a mi Hijo”*. La transparencia no nace de contemplar nuestra propia luminosidad, sino de escuchar. Escuchar la voz que nos llama *“amados”*. Escuchar la voz que nos dice quiénes somos antes de que el mundo nos diga lo contrario. En la espiritualidad judía, todo comienza con el Shemá: *“Escucha, Israel”*. La transparencia nace de la escucha. Cuando escuchamos la voz de Dios, las otras voces —la del miedo, la del perfeccionismo, la de la comparación— pierden poder.

Los maestros rabínicos enseñan que Moisés no brillaba porque hubiera visto a Dios, sino porque

había dejado que Dios lo mirara. La luz no era suya: era reflejo. Así también Jesús, en el Tabor, no muestra un poder, sino una relación. La luz que lo envuelve es la luz del Padre. Y esa misma luz, dice san Pablo, ha sido derramada en nuestros corazones. La vida cristiana transparente es aquella en la que dejamos de fabricar luces artificiales y empezamos a reflejar la luz que recibimos.



Pero la transparencia tiene un precio: la vulnerabilidad. Para que la luz pase, hay que abrir grietas. Para que Dios sea visible, hay que renunciar a las máscaras. Hay que tener el *“coraje de ser vistos”*. No de ser admirados, sino de ser vistos tal como somos. La Cuaresma es ese coraje: permitir que Dios nos vea sin maquillaje espiritual, sin discursos, sin defensas. Y permitir que otros también lo hagan, no para juzgarnos, sino para caminar juntos.

La Transfiguración ocurre en el camino hacia la cruz. No es un paréntesis luminoso, sino una preparación. Jesús muestra su gloria para que los discípulos no se escandalicen de su vulnerabilidad. La luz y la herida no se excluyen: se necesitan. Los maestros espirituales cristianos han repetido siempre que la gloria de Dios no se revela a pesar de la fragilidad, sino a través de ella. *“Llevamos este tesoro en vasijas de barro”*, dice san Pablo. La transparencia consiste en no esconder el barro, porque es precisamente ahí donde la luz se hace más visible.



Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22



La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra.

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre.

Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo.

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

La gratitud es la memoria del corazón y el salmo 32 (33) es un canto que brota de un corazón agradecido. Como precioso incienso sube al Dios del cielo por su poder, sabiduría, justicia, amor y brota del interior de quienes le buscan con sincero corazón a los que, en el presente salmo, se les llama justos.

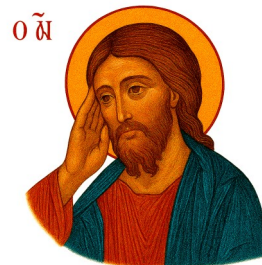
El canto se lleva a cabo con el arpa de diez cuerdas y estas diez cuerdas hacen referencia a las diez palabras de amor de Dios (los diez mandamientos) dirigidas, desde su monte santo, al pueblo de Israel y, por medio de él, a todos los hombres.

La alabanza es la respuesta humana al Dios que revela su misericordia

La lectura pausada y sabrosa del presente salmo deja de manifiesto, que la alabanza es la respuesta humana al Dios que revela su misericordia, mediante la implantación de la justicia. En el Antiguo Testamento la justicia divina es expresada en la ira de Dios, pero no porque no ame a su pueblo, sino porque aborrece el pecado que destruye a su pueblo. De particular importancia en este salmo es el concepto de la palabra de Dios puesto que, por medio de ella, la creación es una realidad.

El ojo signo de una presencia que acompaña

En el salmo se celebra, y así se confiesa, que los ojos del Señor están puestos en sus fieles. Es un símbolo (el ojo) de su sabiduría, cuidado, conocimiento y providencia que Dios tiene para la obra de sus manos. Como fruto esta experiencia, siempre gozosa, surge la respuesta del hombre de fe: gratitud y reconocimiento porque el Señor es ayuda y escudo, fuente de alegría y base de una gran confianza y, en todo momento, misericordia entrañable que es lo que se pide en el estribillo de este salmo. El salmista reconoce que la respuesta divina a la confianza humana es siempre una “caricia del cielo”.



EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



II DE CUARESMA A



ESCUCHADLO